

EL VÉRTIGO DE LA CAÍDA SOCIAL

Publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 22 de octubre de 2004.

La información acerca del abandono de la escuela por parte de más de cien mil chicos bonaerenses debe ser, sin ninguna duda, motivo de alarma y preocupación. Existen evidencias muy claras según las cuales el abandono en el nivel polimodal de la provincia de Buenos Aires está aumentando. La Encuesta de Hogares indica que la cantidad de jóvenes de 18 años de edad que no asisten a la escuela creció de casi 70 mil en octubre de 2000 a casi 100 mil en mayo de 2003. ¿Por qué pasa esto en las escuelas bonaerenses? Las respuestas a esta pregunta apuntan a un conjunto de causas bien conocidas, pero de naturalezas diferentes.

En primer lugar, es preciso colocar este fenómeno en el marco general de la situación de las familias de los alumnos. Hay que reconocer que si no fuera por el esfuerzo de las familias y de las escuelas, la situación podría ser mucho peor. En el caso del conurbano bonaerense, por ejemplo, la cantidad de personas y de hogares que viven en condiciones de pobreza y de indigencia aumentó del 30 al 60% entre 1999 y 2003. Pero no se trata sólo de la cantidad sino de la rapidez de la caída social. Estamos en un escenario en el cual el excluido sufrió personalmente las operaciones

sociales del proceso de exclusión: pérdida del empleo, fracaso en la búsqueda de nuevo empleo, pérdida de ingresos, de vivienda, de acceso a servicios básicos y enorme dificultad para transmitirles a sus hijos una identidad basada en su situación laboral. En el plano subjetivo, este escenario es distinto del que se puede encontrar en situaciones más tradicionales de pobreza estructural, donde la exclusión ya fue vivida y transmitida a través de varias generaciones.

Los hijos y las hijas de estas familias son los que están hoy en la escuela o la están abandonando prematuramente. Para que la escuela pueda incorporar a estos "nuevos" alumnos y lograr no sólo retenerlos sino que alcancen niveles satisfactorios de aprendizaje, la sociedad debe realizar cambios y esfuerzos muy importantes. Una parte de esos cambios y esfuerzos están fuera de la escuela y otra, sin duda, está adentro. Suponer que estos problemas se van a resolver con cambios pedagógicos, además de ingenuo es políticamente muy regresivo. Demandar cambios en la distribución del ingreso y en las políticas que garanticen a las familias la posibilidad de brindar a sus hijos condiciones dignas de vida es una parte fundamental de las demandas sociales. Los cambios internos también son necesarios y, en este sentido, tienen mucha importancia las políticas de becas, comedores y útiles escolares, así como aquellas que sirvan para recuperar a los desertores. Pero, además de estos factores objetivos, hay que prestar atención a la necesidad de avanzar en el diseño de *políticas de subjetividad*, que permitan atender los procesos personales que llevan a un alumno a abandonar la escuela, a la familia a aceptar ese abandono, y a la escuela y a los docentes a no reaccionar frente a estos resultados.